

Y Agustín repuso entonces postrado de rodillas:

—«A tí, Padre Eterno, a quien toda la tierra adora».

Y Ambrosio contestó:

—A tí los ángeles, a tí los cielos y todas las potestades.

—A tí, volvió a decir Agustín, los querubines y los serafines cantan sin cesar: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos.

Y siguieron alternativamente expresando sus alegrías, sus súplicas, sus acciones de gracias, hasta componer el himno admirable conocido con el nombre de sus dos primeras palabras: *Te Deum*. Monumento imperecedero que nos recuerda una conversión que llenó de gozo al cielo y a la tierra; y que, más duradero que el bronce, transmitirá hasta el fin de los siglos la memoria de uno de los días más grandes que cuenta en sus anales la Iglesia católica.

R. M. CARRASQUILLA

(Continuará)

A la Concepción inmaculada de María

Estrellas vocingleras,
que con brillos habláis de la criadora
omnipotente mano; sol que imperas
en lo visible que tu luz colora;
fuentes gloriosas en que el bién se anida
manando en gozo y en belleza y vida:
absortos de estupor, callad ahora.

Tu soberana diestra
resplandece hoy, Señor, magnificada
al producir por fin la obra maestra
tantos siglos del hombre suspirada.

Ya en ella el sol de gracia al mundo envía
reflejos de su luz, y al ser María
fueron tus demás obras como nada.

Singular criatura
sin cicatriz de culpa o sombra leve;
íntegra, no soldada, su hermosura
nada a la gracia que restaura debe;
ni oficio alguno en ella el perdón tuvo,
que nada por lavar en ella hubo,
ni albor más que añadir al de su nieve.

Como en lago que al blando
bullir de brisa, límpido espejea,
do de onda en onda el sol va caminando
trémulo entre el fulgor que centellea,
así (no así, con indecible modo),
cuanto hay en Dios comunicable, todo
se refleja en María y señorea.

¿Qué hombre viera ahora
el arquetipo eterno, que la arcana
mente divina, concibió criadora
para raza del mundo soberana,
si un ejemplar no hubiese immaculado,
indemne de la herencia del pecado,
patrón perfecto de la estirpe humana?

Lo eres, Señora, y antes
de tu nacer, los míseros alerta
anhelos te enviaban suplicantes,
felices ya con la esperanza cierta;
pues por débil doncella al Fuerte plugo
imponer al dragón el servil yugo
que del pasado el porvenir liberta.

Virgen, de Dios dadora,
que darse quiso al hombre por tu mano;

Madre, en quien el espíritu atesora
sangre divina que vistió de humano
al sacro Verbo.... ¡ Ah, tanto ennobleciste
a la prole de Adán perdida y triste,
que ángel no quiero ser, por ser tu hermano!

Deipara María,
yo sin la fe que en esta noche oscura
alumbra mis tinieblas y me guía
a do sin velos la Verdad fulgura;
a tí, que eres la flor de lo creado,
no osará, nó, vil hijo del pecado,
apellidarte, como yo, criatura.

Criatura, sí; pero eres
más que el sol clara en virginal limpieza,
la bendita entre todas las mujeres;
no el primor de lo bello: ¡ la Belleza!
Tú, segunda en poder, ¿ a qué albedrío,
sobre qué obra de Dios, con señorío
no alzas por Reina el trono de tu alteza?

En corva luna, enhiesta
cual palmera de Cades, te levantas,
y al cielo de tu cuerpo, el cielo presta
el blanco y el azul que en tí brillantas.
Extática, endiosada, prepotente,
vuelves vano su triunfo a la serpiente,
no con el fuerte brazo.... ¡ con las plantas!

Refulgente de gloria
alzas el rostro a la cerúlea esfera,
el júbilo a ostentar de tu victoria,
si el virgíneo pudor lo consintiera.
¡ Triunfa, oh Invicta! y muestre tu gobierno
en el cielo, en la tierra, en el infierno,
la omnipotencia que, rogando, impera.